

## LOS PAPELES DE MIGUELA



JAIRO ANIBAL NIÑO

Estaba para concluir mi primer año de estudios en la facultad de medicina cuando conocí a Miguela. Aquel día mi ánimo tenía las alas quebrantadas porque no me había ido bien en un examen de anatomía. Caía una lluvia torrencial que ocupaba la mitad del hospital. La otra mitad estaba iluminada por un sol resplandeciente como si la lluvia se hubiera detenido frente a la puerta de la luz sin atreverse a entrar. En circunstancias diferentes, ese fenómeno tan especial me hubiera asombrado con igual intensidad a la experimentada por un niño que corriera difícilmente escaleras abajo, desembocara en un patio y, apoyándose en sus muletas, colocara su mano ora en el agua ora en el sol.

Con el fin de alejar mi disgusto, había decidido hacer un recorrido sin rumbo fijo por la enorme edificación. Trepé lentamente por una escalera que me conducía a la segunda planta. Según decían, el hospital lo habían construido en 1920, con unos planos que un arquitecto había enviado desde Francia. Pero se presentó una confusión con otros que estaban destinados a la ciudad de Port Said. Por esa razón, el edificio tenía unos cielos rasos muy altos y unas columnas de piedra con capiteles que recordaban, por su forma, la decoración egipcia del capullo del loto. Algún día iré a Port Said, donde con seguridad encontraré un hospital construido con unos planos que corresponden a las condiciones de una ciudad de los Andes, situada a 2.600 metros sobre el nivel del mar. Mientras subía percibí unas voces, el llanto

de un bebé y el canturreo de alguien que le decía a un niño el poema de un oso y tres caballos con colas de oro. Algunas enfermeras iban y venían por el corredor, con aspecto y parloteos de gaviotas bondadosas. Mis pasos me condujeron frente a una gran sala que se estaba habilitando para instalar unas incubadoras. Abrí una gran puerta vidriera y vi a la niña al borde de los ventanales. Una parte de las ventanas estaba oscurecida por la lluvia y la otra brillaba como una explosión del verano.

Ella parecía un pájaro posado en la rama del alféizar de la ventana. De pronto oí su voz:

- Buenas tardes doctora.
- No soy doctora; no todavía balbucí.

Ella hizo girar su silla de ruedas y me dio la cara. Era una niña de unos doce años de edad, delgada, morena, de cabello largo, y con unos enormes ojos de color violeta.

- Sabes por qué llueve en una parte del hospital y en la otra hace sol? - preguntó.
- No, no lo sé.
- Es porque el sol tiene fiebre y quiere refrescarse la cara.

Sus palabras me dejaron perpleja. Ella sonrió, impulsó su silla, se acercó y puso en mi mano un osito de papel doblado.

- Te estaba esperando dijo.
- A mí?.
- Sí. Últimamente no he tenido con quien hablar. Nadie escucha. Son pocos los que hablan el idioma de los niños.
- Y tú crees que yo hablo ese idioma?.
- Sí.
- Por qué lo crees?.

Ella no contestó. Arregló el cobertor que cubría sus piernas y, un minuto después, dijo:

- Me llamo Miguela.
- Y yo Alejandra.

Miguela me estrechó la mano y exclamó:

– Sé que para ti yo siempre seré Miguela y no la paciente 325C.

Permanecimos unos minutos en silencio, y de repente escampó. Ella hizo correr su silla hasta el borde del ventanal.

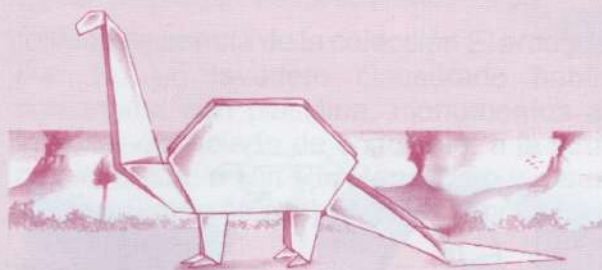
- También se puede conversar con los animales y las plantas dijo.
- Mi abuela habla con los geranios afirmé.
- Y qué les dice?.
- Tiene con ellos muchos motivos de conversación. Le habla como si fueran sus amigos.
- Son sus amigos.
- Si, eso creo.
- Ayer vino un señor y nos echó un discurso sobre la hospitalidad. No le entendimos lo que dijo. En cambio yo sí entendí una historia que una vez me contó mi mamá dijo Miguela.

Movió lentamente su silla a mi alrededor sin dejar de sonreír. Los radios de las ruedas de su silla brillaron de pronto como esqueletos de estrellas. Miguela, con voz suave, agregó:

– Una vez un hombre llegó a la casa de una viejita, y el hombre era tan pobre que no tenía a donde ir y estaba tan solo que a una le dolían los ojos de sólo mirarlo. La anciana le abrió la puerta, le ofreció un taburete y le preguntó si quería tomar algo. El hombre dijo que le daba pena causarle molestias pero que le agradecería si le pudiera dar una naranjada. La viejita le contestó que sí, que con mucho gusto, que se acomodara mientras se la traía, que estaba en su casa, y entonces tomó una pala, un paquetico del armario, y salió al patio a sembrar un árbol de naranjas.

Me sorprendió su manera de hablar, y, como si hubiera adivinado mis pensamientos, dijo:

- Sabes qué es lo que más me enfurece? Que cuando un niño pronuncia cosas de su cabeza, los adultos dicen: Mire, habla como un viejito.
- Tienes razón.
- Y sabes qué es lo que más me enfurece? Que cuando un adulto habla bobadas, los



otros adultos dicen: Mire, habla como un niño.

- Así es.
- Cosas lindas las pueden decir los niños y los grandes, y cosas bobas también.

En ese momento entró la doctora Rut, famosa por su mal humor, y gritó:

- Qué hace aquí la paciente 325C?.
- Estoy conversando con mi amiga Alejandra.
- Me recuerda su código estudiantil señorita Alejandra? - exclamó la doctora.
- Es el 507525.
- La paciente 325C debería estar en el dormitorio, y la estudiante 507525 debería estar en el área destinada a las aulas, en la biblioteca o en su casa dijo la doctora Rut.

Miguela me miró a los ojos, y yo empujé su silla hacia el lustroso corredor. La doctora Rut caminaba taconeando con energía y pronto nos tomó la delantera.

- Me gustaría saber cuál es el número de la doctora susurró Miguela.
- Tal vez es el 000 le dije.

Una paloma entró por una ventana y salió por otra. Miguela aplaudió y exclamó:

- Sabes qué me gustaría ser?.
- Paloma?.
- No, me gustaría ser ventana.

Horas después, en mi habitación, coloqué sobre la mesa de noche el oso de papel que me había obsequiado Miguela. Noté que unas letras se destacaban en sus orejas. Lo desdoblé y encontré el siguiente texto:

- Y el corazón?
- Ha salido.



- Como siempre, dejó la puerta abierta.
- Es muy distraído.
- Y qué se fue a hacer?
- Salió a buscar un amigo.

Contemplé la luna que parecía un ojo de leche y acaricié las orejas del osito de papel. Estaba tan emocionada que las manos me sudaban y no me hubiera sorprendido si ese sudor fuera de color blanco como la luna. Miguela no sólo me había regalado unas hermosas palabras, sino que me había confiado un importantísimo secreto. Desde hacía cierto tiempo, algunos médicos, enfermeras, trabajadores, pacientes y visitantes encontraban, en sus bolsillos y entre sus efectos personales o de trabajo, figuritas de papel doblado que contenían unos extraños mensajes. Nadie sabía de dónde provenían.

Se empezaron a tejer sobre su autor toda clase de historias, inclusive una muy peregrina, propalada por una enfermera nerviosa y de ojos saltones, que no perdía ocasión para afirmar que esos papeles eran obra de un fantasma japonés.

- Fantasma japonés? - exclamaban siempre sus interlocutores.

Ella, con tono sombrío, agregaba:

- Podría jurarlo. Hace años atendimos el caso desesperado de un paciente amarillo de nombre Chikao Tanaka. Mientras esperaba ser intervenido

quirúrgicamente, les enseñó a otros enfermos el arte de hacer figuritas de papel doblado.

En una ocasión, cuando el hospital estuvo al borde del cierre por falta de recursos económicos, empezaron a caer por todos lados avioncitos de papel con frases de aliento escritas en sus alas. Uno de ellos entró por una ventana del comedor, cayó en el plato de sopa que estaba tomando el médico jefe de la sección de pediatría, y él, sin darse cuenta, se lo comió. El médico, entonces, se puso de pie y cantó canciones de cuna de América, África, Europa, Asia y Oceanía.

Recientemente, sobre la incubadora donde un bebé prematura se debatía entre la vida y la muerte, alguien dejaba a diario un barco de papel. En la hoja que había servido para plegar el barquito, aparecía siempre una letra pintada con vivos colores. De manera milagrosa después de doce barquitos y a los doce días de edad el bebé superó su crisis y se salvó. Un médico curioso colocó una tras otra las hojas de los barcos y se pudo leer la frase: Vive, por favor.

Seguí las huellas de los dobleces y recompuse la figura del oso. Al colocarlo de nuevo sobre la mesa, lo vi también como una llave que Miguela me había dado para que yo entrara en el ámbito de su secreto. Ella era la autora de los mensajes y se había ingeniado la manera de revolotear con sus papeles amables mientras era sometida a un doloroso tratamiento que la obligaba a permanecer por largas temporadas en el hospital.

Al día siguiente me convertí en su cómplice. Mientras yo vigilaba, Miguela entró en la habitación que ocupaba un astrónomo enfermo y deslizó bajo la almohada una estrella de papel esmaltado. Desde entonces, me confió varias misiones para repartir de manera callada figuritas de papel. Ella inventaba los textos, y yo a veces le

colaboraba con dos o tres palabras. Era sorprendente el sentido que tenía para saber quién necesitaba ser animado o consolado.

Miguela era de una curiosidad inagotable. Parecía un ratoncito loco metiendo su hocico por todas partes y haciendo toda clase de preguntas:

- Cuántos átomos tiene un gato?
- Existe un estetoscopio con el que sea posible escuchar el corazón de los sueños?

Y para aclarar su pregunta, agregaba:

- No se trata de examinar al soñador sino al personaje soñado por él. Y para hacerlo, el que lo examina tiene que ser un médico soñado por alguien?

Una de sus pasiones era el juego. Le encantaban las muñecas, la lotería, los rompecabezas y las carreras. No en pocas ocasiones se ganó algunos regaños por organizar carreras de sillas de ruedas fórmula 1 como ella designaba esas pruebas -, que tenían lugar en un larguísimo corredor del costado sur del edificio. Le fascinaba hacerle bromas a la doctora Rut, y los exámenes periódicos a los que era sometida, le daban a veces la oportunidad para contemplar su propio estado con ojos de buen humor. En una ocasión le dijo a un médico ortopedista que le inventara un cuerpo de Pinocho pero al revés. Miguela le explicó que Pinocho empezó con un cuerpo de palo y terminó convertido en un niño de carne y hueso. Como, en su caso, su cuerpo de carne y hueso con el que había empezado estaba en malas condiciones, la solución para su problema era convertirse en una niña de madera, en una Pinocha capaz de caminar, correr y saltar con sus piernas en forma de árbol.

Como una prueba de amistad, me enseñó lugares secretos de los patios en los que cultivaba alfalfa para caballos invisibles, y una tarde me condujo a un cuarto pedido en que se acumulaban papeles de archivos muertos. Allí aprovechaba algunas de sus escapadas para leer, a la luz de una linterna,

folletos de poesía de la colección *El arco y la lira*. En un lavadero clausurado había construido, con plastilina, monumentos al inventor del helado de chocolate, a la niña desconocida, a Rin Rin Renacuajo y a sus padres, Simón Alcázar y María Campos.

Simón era un hombre muy alto y corpulento, un verdadero gigante, que hablaba casi en susurros y que, a pesar de su peso y estatura, se movía suavemente, con pasos de algodón. Manejaba una volqueta a la que, por sugerencia de su hija, la había bautizado con el nombre de *La pensadora*. María era una mujer delgada y de baja estatura. Tenía una voz muy dulce y los ojos de color violeta, como los de Miguela. Ejercía su oficio de maestra de escuela en uno de los barrios de la ciudad y siempre que visitaba a su hija le traía un gigantesco helado de chocolate. En una oportunidad, Simón me dijo que ellos eran afortunados a pesar de las dificultades, porque la vida no sólo les había dado la oportunidad de criar a una hija, sino también la satisfacción de que una hija como Miguela los hubiera criado a ellos como padres.

Una soleada tarde de agosto me comunicaron que se iban del todo a una lejana ciudad del sur de Colombia. Cuando nos despedimos, los ojos de Miguela brillaban no solamente por su llanto sino porque yo los miraba a través de mis lágrimas. Puso en mis manos una pajarita de papel. La desdoblé y no encontré en ella ningún texto.

- La hoja no dice nada murmuré.
- Estás segura?.
- Sí.
- Las cosas son visibles o invisibles según el calor con que se miren exclamó.
- El color?
- No, el calor dijo sonriendo.
- Tenemos que irnos, el bus sale dentro de una hora urgió Simón.

Empujé la silla de Miguela, conduciéndola rumbo a la salida principal del hospital. Allí

los estaba esperando un taxi. La alcé en mis brazos para ayudarla a entrar en el vehículo y me pareció tan liviana como una niña de papel. El taxi se alejó, y yo permanecí en el sitio agitando mi mano como una bandera triste.

La noche era un reguero de electricidad bajo mi ventana. La ciudad, abajo, parecía una huerta inmensa, cultivada de luces y de sombras. Un avión pasó por el cielo y volaba tan alto que pensé que iba con destino al aeropuerto de cualquier estrella. "Las cosas son del calor con que se miren", me repetía una y otra vez. De pronto, comprendí. Busqué afanosa una caja de fósforos y puse la hoja de la pajarita bajo los efectos del calor. Poco a poco se hizo visible el texto que Miguela había escrito con jugo de limón, la tinta invisible de la infancia:

*Si plantas un puñado de semillas  
algunas germinarán al poco tiempo.  
Entonces verás subir día a día  
las hojitas verdes  
- por las escaleras del crecimiento  
- hasta llegar a la flor.*

*Pero qué ha ocurrido  
con las semillas que no han brotado?  
Simplemente han crecido hacia abajo,  
hacia las profundidades.*

*Solamente el día  
en que puedas ver las flores subterráneas  
serás una buena jardinera.*

Tiempo después, me puse a la tarea de recoger y conservar algunas de las figuras de papel confeccionadas por Miguela. Un cardiólogo me dio un caballito, un cirujano me donó una grulla, una enfermera puso en mis manos una jirafa, un compañero de estudios me proporcionó una rana, y un niño me hizo entrega de un avión. Otras, las conseguí de muy diversas maneras.

Durante mi permanencia en la facultad de medicina, cuidé la alfalfa de los caballos invisibles, organicé carreras clandestinas de sillas de ruedas e hice de plastilina una

pequeña estatua del médico desconocido. Después sostuve peleas enconadas contra el dolor y, finalmente, aprendí a ver las rosas subterráneas.

Cierro - y abro -, en esta última página, la historia de los papeles de Miguela. A ella no la volví a ver. Me gradué hace algunos años, y en este momento estoy trabajando en un instituto de investigación científica. Formo parte de un equipo empeñado en la dura tarea de descubrir unas vacunas para evitar enfermedades que afectan de manera dolorosa y recurrente a los seres humanos.

Jamás he olvidado a Miguela y la considero como uno de los mejores profesores que tuve en la facultad de medicina. Tengo la esperanza de encontrarla de nuevo. En un periódico apareció la noticia que daba cuenta de un hecho misterioso. Han empezado a aparecer por toda la ciudad, en los bolsillos, bolsos y portafolios de la gente, unas figuras de papel doblado, con mensajes esperanzadores. El periodista transcribe uno, hallado en la figura de un caracol de papel.

*En los tiempos oscuros  
debes aprender a mirar las estrellas.  
Pero no todas están arriba.  
El planeta tierra  
flota y gira en el espacio,  
y es necesario que sepas  
que mientras caminas por el duro suelo  
miles y miles de estrellas  
brillan bajo tus pies.*